

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Justicia y justificación en ocasión de la deuda externa de América Latina [Justice and justification on the occasion of the Latin American debt]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Tamez, Elsa
Publisher	DEI (Departamento Ecuménico de Investigación)
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-06-24 12:44:29
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/190706

Justicia y justificación en ocasión de la deuda externa de América Latina

Elsa Tamez

Las palabras justicia, hacer justicia, justificar y Justificación tienen la misma raíz griega (y hebrea); y sus sentidos, aunque no idénticos del todo, están estrechamente relacionados.

Extrañamente, cuando se reflexiona sobre ellos se les asigna un contenido cuya relación no se percibe o se hace difícil comprender¹. Esto es muy peligroso porque se presta a malinterpretar el sentido total de lo que Pablo intenta expresar a sus contemporáneos.

Me parece que una dificultad teológica en la comprensión de estos conceptos surge debido a que la tradición protestante nacida, desarrollada y discutida en Europa Occidental y recogida y ampliada por los Estados Unidos, recarga en su teología un énfasis exagerado en el perdón de los pecados y en la justificación del impío pro la fe². Este acercamiento europeo, un tanto pasivo, complica la comprensión de los conceptos en su conjunto y produce inevitablemente discusiones que, a mi manera de ver, están fuera de orden. Me refiero, por ejemplo, a la ya gastada e ineficaz polémica de la relación fe y obras.

Los sentidos del texto salen a la luz con énfasis distintos, dependiendo de quien lee y desde donde se lee. Así, me parece lógico que en las sociedades ricas occidentales se haga un énfasis constante en el perdón de los pecados, o en la justificación del pecador frente a Dios, y que Romanos sea el libro que se relea una y otra vez en el lugar donde las potencias marcan los hitos de la historia occidental (que tienden a llamar universal). Lutero, y otros

reformadores, Wesley y Barth son figuras conocidas que fueron impactadas por la carta a los Romanos, y fundaron tradición. Fueron personas muy honestas que lograron discernir la gravedad del pecado producido por sus contemporáneos y la necesidad imperiosa del ser humano del perdón y reconciliación con Dios. El grado de honestidad no podía ser mayor al reconocerse cómplices del pecado en tanto seres humanos.

No es por azar que Lutero lee la Palabra y denuncia los abusos de la Iglesia en una época de pillaje y colonialismo (la conquista de América), o que Wesley fue impactado por Romanos en una época donde la revolución industrial en Inglaterra fue una desgracia para los campesinos, o que Barth escribe su comentario de Romanos precisamente al final de la primera guerra mundial, siendo Alemania el primer poder económico del continente europeo. El resultado del pecado estaba muy cerca: miles de muertes inocentes.

Así pues, la tradición protestante nacida en Europa levanta su voz profética para decir que el ser humano deja de ser humano cuando intenta convertirse él mismo en Dios por sus actos (hecho común en situaciones donde se alcanza un alto grado de poder económico y político). Del mismo modo, en Estados Unidos, esta misma tradición se vuelve relevante en el momento en que la hegemonía capitalista pasa de Inglaterra a ese país.

Sin embargo, lo que puede ser profecía para una época y situación concreta, puede no serlo para otra. A las mayorías pobres del Tercer Mundo no les ayuda mucho reconocerse como pecadores a cada momento y recurrir constantemente al alivio de sentirse perdonadas; tampoco les es muy útil recordar afanosamente que el ser humano corre el peligro de convertirse en Dios, cuando estas mayorías explotadas viven en condiciones infrahumanas. Por eso, no es necesariamente el énfasis en la justificación del impío frente a Dios, lo que los pobres víctimas del impío, anhelan, sino la revelación de la justicia de Dios que abarca todas

¹ Afortunadamente, en los últimos años, las exégesis tienden a relacionar la justificación y la justicia. En este sentido Käsemann ha hecho una gran contribución. Cp. "La justicia de Dios en Pablo", *Ensayos exegéticos* (Salamanca: Sígueme, 1977), pp. 263-267, así como también Peter Stuhlmacher. Cp. *Gerechtigkeit Gottes bei Paulus*. (Gottingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 1965).

² Esta carga, ampliada por la mediación de Estados Unidos, ha sido transmitida a América Latina sin replanteamiento alguno, exigido por el contexto.

las cosas, incluyendo, curiosamente, el amor de Dios por los productores del pecado. Así, mientras que el victimario necesita recordar su pecado, su inferioridad frente a Dios, y la alteridad de Dios frente a él, la víctima necesita recordar la gracia todopoderosa, su dignidad como hijo de Dios y la cercanía y solidaridad de Dios para con él.

Por otro lado el énfasis tradicional en el tema de la justificación por la fe, me parece que debe ser reestructurado. Yo encuentro una contradicción evangélica profunda entre la realidad actual y el énfasis en la justificación por fe/no por obras. El sistema económico internacional cuyo control esta en manos de los centros ricos noroccidentales, empeora cada vez más (e inevitablemente), para los países pobres del Tercer Mundo. Parece ser que el marcado y necesario mensaje contra los méritos personales para evitar el peligro de querer ser dioses, no ha dado el resultado esperado. Además, una necesidad aberrante de sentirse perdonado frente a Dios, se vuelve sospechosa en nuestro contexto actual. En síntesis: la afirmación de que Dios nos salva por gracia es verdadera, pero insuficiente para afrontar la realidad actual en que vivimos.

Nuestros tiempos actuales requieren una nueva lectura de la Carta a los Romanos: una lectura militante que, para algunos, desemboca en una invitación a transformar la realidad actual y, para otros, desemboca, pro lo menos, en una crisis existencial.

La deuda externa del Tercer Mundo, especialmente de América Latina, es el elemento visible que nos permite constatar la irracionalidad del sistema económico actual o, en términos teológicos: la lógica del pecado, manifestada en los primeros dos capítulos de Romanos.

No me corresponde a mí analizar el fenómeno de la deuda externa; sin embargo quiero llamar la atención al hecho, verificado ya por economistas tercermundistas, de que la deuda externa de América Latina muestra una lógica no sólo injusta, sin irracional del sistema financiero internacional³.

³ Voy a citar, de manera muy simple, e] resultado de los análisis del economista Franz J. Hinkelammert. de su libro *La deuda externa de América Latina*, (San José: DEI, 1988. pp. 11 -65):

La deuda, en tanto ficticia e impagable, devela la verdad de la injusticia y la necesidad de replantearse otro orden económico. Este hecho nos conduce a leer la Carta a los Romanos de otra manera, privilegiando la perspectiva de los pobres.

Relectura de la justicia de dios en Romanos

San Pablo escribe sobre el tema de la justicia de Dios y justificación, no impulsado simplemente por ideas teológicas en conflicto (judíos y griegos), sino, sobre todo, motivado por un contexto de opresión y explotación extrema. El tuvo que ser testigo de las consecuencias de la invasión del imperio romano en las provincias de la periferia y del poder del imperio cuya lógica parecía imparabable.

La proliferación de pobres que deambulaban en las ciudades en un momento de gran auge económico, la abundancia de riqueza exportada a

-
- América Latina debe algo que nunca ha recibido. La deuda externa se genera en los años 50 y 60 debido a la inversión extranjera que generó constantes salidas de divisas, financiadas no por excedentes de un saldo positivo de la balanza comercial] de América Latina, sino por préstamos extranjeros. Todos los préstamos que entran son usados para hacer esta transferencia de utilidades del capital extranjero.
 - A partir de los años 70 la deuda externa se empieza a autogenerar a partir de los intereses de la deuda. No se transfieren excedentes para pagar intereses sobre ella, sino que se financian los intereses con nuevos préstamos para pagar esos intereses. Ya en el año 1982 la deuda aumenta exclusivamente a cuenta de intereses no pagados sobre esa misma deuda. Por el déficit de la balanza comercial, agravado por la imposición de precios del mercado internacional, la deuda aumenta automáticamente. Actualmente América Latina puede pagar sólo la mitad de los intereses, y esto con mucho esfuerzo, sacrificando en primer lugar el presupuesto destinado al bien social.
 - Puesto que la deuda es impagable en términos reales, los países de América Latina se han convertido en esclavos de los centros de poder económico. La tesis del ajuste estructural económico, propuesto por el Banco Mundial y el FMI (1982), significa, en palabras de Hinkelammert: "Una transformación de América Latina en función de un capitalismo extremo capaz de transferir a los países de centro un máximo de excedente" (p.32).

Roma, obtenida por los distintos tipos de impuestos y tasas (en dinero o especies), y por el excedente del trabajo esclavo agrícola y minero; la presencia temeraria de soldados romanos con la misión de mantener el orden, la presencia humillante de administradores romanos en muchas de las provincias dirigiendo el destino de esos pueblos, tuvo que haber impactado a Pablo⁴.

Pablo mismo fue también víctima de la política económica y social del imperio⁵. Bajo esa lógica desigual, le tocó ser uno de esos artesanos independientes a quienes no les va bien en los negocios, aún cuando trabajan día y noche⁶, porque no pertenecen a la *familiae cesare*, o a otra familia poderosa. dueña de los grandes talleres. Según sus propias cartas: sufrió latigazos, fue encarcelado varias veces, fue perseguido. Esto por hablar de otro Señor, fuera de César y, lo que era peor a los ojos del imperio, se trataba de un galileo que los mismos romanos habían crucificado. Esto equivalía a venerar un oponente al orden romano. Según la tradición. Pablo fue sentenciado a muerte bajo las órdenes del emperador Nerón.

⁴ Para un análisis desde esta perspectiva: De Ste. Croix, G.E.M. *The class Struggle in the Ancient Greek World* (Comet University Press, Ithaca, NY. 1981), *La Schiavit nell' Italia Imperiale* (Roma: Ed. Reuniti, 1975) y Néstor Míguez, *Componentes socio-ideológicos de las comunidades de la gentilidad*. Todos los economistas que analizan el imperio romano y mencionan el progreso económico se ven obligados a incluir los contrastes que generó la urbanización entre pobres y ricos; cp. Finely, Rostovtzeff, Alföldy y otro.

⁵ No hay que dar por sentado o como consenso la tesis de que Pablo y las comunidades cristianas del primer siglo son de clase media alta o ascendente (Meeks y otros), es necesario replantearse el problema a partir del fenómeno económico para pasar al análisis del estatus social. Cp. Néstor Míguez, *op. cit.* Por otro lado, las investigaciones actuales ponen en tela de juicio el hecho de que Pablo haya tenido la ciudadanía romana, hecho que sólo la selecta aristocracia de la provincia tenía. Cp. W. Stegemann, "War der Apostel Paulus ein romischer Bürger?", en *Zeitschr. f. d. Neuest. Wiss.* 78 Band 1987.

⁶ El estudio de Hock nos ofrece una excelente contribución al respecto: *The social context of Paul's Ministry, Tentmaking and Apostleship*, (Philadelphia: Fortress press, 1980).

Todo ello tuvo que generar en Pablo la visión de la revelación de Dios en aquel *kairos*. Ese era el momento propicio del develamiento. Se trataba de la revelación de la ira y de la compasión de Dios, en otras palabras, de su justicia. Es en el evangelio, que para Pablo es una fuerza que libera a todo el que cree, donde se revela la justicia de Dios (1.16), es decir, el juicio y el amor.

El orden presente de Pablo provocó la revelación de la ira de Dios; Pablo dice: "La ira de Dios se revela contra toda impiedad e injusticia de los hombres que aprisionan la verdad en la injusticia" (Ro. 1.18). Pues la verdad de la civilización y el progreso de la dinastía de Augusto no era más que el producto del interés imperialista y de la sobre explotación, la verdad de la *pax romana*, no era más que la sofocación de cualquier intento de liberación⁷; la verdad de la dignidad, no era más que la discriminación aberrante entre lo que más tarde se legisló como *dignitas y humilioris*⁸. En otras palabras, la verdad pasó a ser mentira y la mentira verdad.

A los ojos de Pablo, los hombres de su tiempo invirtieron los valores. A eso se refiere cuando expresa: "en lugar de dar gloria a Dios, se ofuscaron en sus propios razonamientos; ...cambiaron la gloria incorruptible por imágenes corruptibles;...cambiaron la verdad de Dios por la mentira; sirvieron y adoraron a la criatura en lugar de al creador" (1.21,23,25). Por eso se desató un sistema cuya lógica se volvió inhumana, pues estaba llena de toda injusticia, produciendo con ello la muerte de miles de víctimas inocentes. No hay excusa para Pablo, pues los que hacen esas cosas, saben que el veredicto es la muerte y, aún así, no sólo las hacen sino que aprueban a quienes las hacen (1.32).

Para Pablo tampoco tenían excusa aquellos que creían tener la verdad al cumplir la ley buena, justa y santa. Pues el poder del pecado era tal que precisamente se sirvió de ésta no sólo para incitar a la codicia, sino para aprisionar más la verdad en la injusticia, pues el resultado de las acciones,

⁷ Cp. Klaus Wngst. *Pax romana and the peace of Jesús Christ*, (London: SCM Press Ltd. 1987), pp. 7-54.

⁸ Cp. Alföldy. *Römische Sozialgeschichte* (Franz Steiner Verlag GMBH, Wisbaden, 1975), p. 94.

cumpliendo la ley o sin ella, era el mismo: robos y asesinatos: muertes de inocentes (C.P. 2.1-24, 7.7-13).

Es en este callejón sin salida para los pobres, víctimas del sistema imperial romano, que San Pablo logra discernir los signos de los tiempos. La realidad es que no había salida. Para Pablo no había nadie capaz de combatir este pecado haciendo justicia; no había ni uno solo (3.10-18). Era imposible discernir donde estaba la verdad, pues la inversión de valores la aprisionó en la injusticia. La sola posibilidad que Pablo vislumbra es la intervención histórica de la justicia de Dios, atestiguada por la ley y los profetas (3.21). Se trata de una justicia que surge de la misericordia de Dios por los pobres, víctimas principales del pecado, manifestación concreta de la gravedad de dicho pecado. Se trata de una justicia que tiene como fin romper con la lógica y señorío del pecado. inaugurando una nueva era iniciada con el señorío de Jesucristo⁹, el hermano primogénito de una nueva hermandad.

Para Pablo, repetimos, nadie tenía el suficiente poder para hacer Justicia a estos pobres, por eso sin acepción de personas, judíos con ley santa y paganos, todo el mundo debía enmudecer por igual frente a estos hechos y sujetarse al juicio de Dios (3.19). Las obras de la ley no hacían justo al judío, al contrario, lo que la ley hacía era pasar por justo frente a los demás al que era responsable de las injusticias que producía.

Se hacía necesario, pues, invocar otro tipo de justicia, una justicia que revolucionara ese orden donde reinaba el pecado, la muerte y la mentira, y estableciera otro, donde reinara la justicia, la vida y la verdad. Se necesitaba para ello un hombre y una mujer nuevos, cuyos actos justos no fueran exigidos por la ley sino que brotaran gratuita, espontánea e incondicionalmente del corazón, motivados por el simple amor al otro: Dios y el prójimo.

Esta manera de ser justo o de hacer justicia no se podía lograr, según Pablo, por los méritos personales. Si fuera así, dejaría entonces de ser espontánea e incondicional. Esta manera de ser

justo sólo era posible obtenerla por la gracia de Dios, era un don de Dios, acogido sólo por la fe en Aquel que tiene el poder de resucitar a los muertos.

Por el hecho de que era un don otorgado simplemente por gracia y acogido por fe se entraba en una esfera de liberación y de madurez plena donde quedaba excluido el interés personal o los condicionamientos esclavizantes de la sociedad¹⁰.

Pablo percibió este don, en la acción redentora del Hijo de Dios mismo, Jesucristo (3.24). Dios, por amor a los pobres se solidarizó con ellos por medio de su hijo, quien rescató a las víctimas haciéndose víctima hasta asumir el martirio heroico de la cruz. La garantía de la eficacia de este don estaba en creer que Dios levantó de los muertos a Jesús. Al acoger este don por fe, las tendencias y acciones de los seres humanos eran motivadas y guiadas por el Espíritu de Cristo, que junto con el espíritu del ser humano llamaba y reconocía a Dios como su Padre (C.P. 8.15,16). Los seres humanos, en tanto hijos de un solo Padre se proyectaban hacia una nueva hermandad.

Hasta aquí esta breve lectura de la propuesta paulina.

En conclusión: No podemos repetir lo que Pablo dijo en el primer siglo. Nuestra realidad es otra. Sin embargo, cuatro elementos de la lectura nos pueden ser útiles para la obediencia de nuestra fe hoy.

- El orden económico internacional actual desarrolla una lógica injusta irreversible. Los cristianos podemos ver en él la dimensión profunda del pecado por las muertes que produce.

- Por más buenos corazones y buenas intenciones que se tengan, por más cristianos que se llamen o se adhieran a la iglesia, la lógica del pecado seguirá su camino que conduce a la muerte de miles de inocentes, cuya sangre clama la justicia de Dios: juicio y misericordia. Como dice Hinkelammert: "si existe una deuda impagable, eso no se debe al comportamiento irresponsable de algunos, ni a una

⁹ Cp. Ernest Käsemann. *Commentary on Romans* (Michigan: WM. B. Eerdmans. 1980, su análisis de los capítulos 5 y 6 de la Epístola.

¹⁰ Juan Luis Segundo ve en esta madurez humana "esa libertad en la fe que lanza al hombre hacia una actividad creadora --- sin cálculos ni trabas- en el amor a sus hermanos". *El hombre de hoy ante Jesús de Nazareth*, Sinópticos y Pablo (Madrid: Cristiandad, 1982) II/1. p. 445s.

mala intención de parte de los países del centro; las produjo el sistema mismo de las relaciones internacionales"¹¹.

- El tiempo propicio del ahora clama la justicia de Dios. Esta justicia es extraña, pues en lugar de ser misericordia para los pobres y veredicto de muerte para los opresores. Dios propone, a partir del evento de la cruz y la resurrección de Jesús, que transformemos esta realidad de pecado. Por amor a los pobres en tanto pobres. Dios justifica a los productores de pobres para que todos los seres humanos, sin excepción, participen en la transformación de la sociedad. Se hace imprescindible sacar de la corrupción esta creación entera que gime y que espera la revelación de los hijos de Dios (8.19).

- De manera que en la revelación de la justicia de Dios encontramos un solo acto: Dios en Jesucristo propone que acojamos por fe el don de ser transformados en sujetos que hacen justicia. Esto implica como consecuencia lógica, que los pecados que se hayan cometido en el pasado y que han provocado la revelación de la ira de Dios, no cuentan más. El acento hoy día debe estar en lo primero y no en lo segundo. Esta es buena nueva para todos los seres humanos en tanto que, si se acoge este don de la justicia con la fuerza de la fe, no hay más condenación no sólo de parte de Dios (Ro. 8.1), sino tampoco de ningún sistema económico (Ro. 8.34-39). Dios ha Justificado en Cristo Jesús.

En breve, la única salida eficaz para poner fin a los sacrificios de inocentes producidos actualmente, es la transformación de este orden económico mundial en uno nuevo, cuyo principio sea el derecho a la vida de todos los seres humanos, sin excepción. Esa es la propuesta que Dios nos hace si se acoge el don de su justicia. La fuerza de la fe de que en Jesucristo somos herederos y coherederos de una nueva vida, nos anima a creer que este mundo puede ser transformado.

¹¹ Hinkelammert, *op. cit.*, p. 41.